



Revista de Literatura Hispanoamericana

No. 53, Julio-Diciembre, 2006: 7 - 21

ISSN 0252-9017 ~ Dep. legal pp 197102ZU50

Gonzalo Picón Febres y las publicaciones periódicas venezolanas del siglo XIX (A propósito del centenario de La literatura venezolana en el siglo diez y nueve)

Diego Rojas Ajmad

*Centro de Investigaciones y Estudios en Literatura y Arte
Universidad Nacional Experimental de Guayana
Puerto Ordaz-Venezuela
diegorojas@uneg.edu.ve*

Resumen

Este año se cumplen cien años de la publicación del libro *La literatura venezolana en el siglo XIX* del escritor merideño Gonzalo Picón Febres, texto que inicia la historiografía literaria en nuestro país. Como homenaje, se ensaya en este artículo una reflexión acerca de los fundamentos ideológicos que sustentan el ejercicio historiográfico de Gonzalo Picón Febres y su relación con la corriente liberal, que dominó la construcción de las naciones hispanoamericanas en el siglo XIX. Se pretende además, en un ámbito más específico, deshilvanar la visión de Picón Febres con respecto a las publicaciones periódicas venezolanas del siglo XIX.

Palabras clave: Gonzalo Picón Febres, historiografía, literatura venezolana, publicaciones periódicas.

Gonzalo Picón Febres and periodic Venezuelan publications in the XIX century (Concerning the centennial of *Venezuelan Literature in the XIX century*)

Abstract

This year is the centenary of the publication of the book *Venezuelan Literature in the XIX century* by the writer from Merida, Gonzalo Picón Febres, which is the text that begins literary historiography in our country. As homage, this article reflects on the ideological foundations sustaining Gonzalo Picón Febres' historiographic practice and his relationship with the liberal current that dominated the construction of the Spanish American nations in the XIX century. It is also sought, in a more specific environment, to disconnect Picón Febres' vision from that of other Venezuelan periodic publications of the XIX century.

Key words: Gonzalo Picón Febres, historiography, Venezuelan literature, periodic publications.

Introducción

¿Por qué tanto sacrificio? ¿Por qué ese hombre dedicó tantas noches a la luz de una lámpara para rescatar la cultura de un país que no iba a reconocerle sus méritos en vida?

Lubio Cardozo

Acercarnos al mundo cultural venezolano del siglo XIX, a través de la óptica de Gonzalo Picón Febres (1860-1918), quizás resulte una empresa sorprendente y agotadora. Pasar revista de autores, títulos, instituciones, hechos políticos, económicos y sociales, testigos de un siglo, hace que nos maravillemos ante la capaci-

dad de un hombre por haber realizado tamaña empresa en solitario.

La literatura venezolana en el siglo diez y nueve (1906) despierta aún en los lectores de hoy consideraciones encontradas, que van del elogio desmesurado a la crítica anacrónica. Luis Beltrán Guerrero dirá, por ejemplo:

“¿qué sería de la historia de nuestra cultura si no hubiese escrito *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*” (Miliáni, 1968: 28).

Mientras es común oír a investigadores contemporáneos achacarles, anacrónicamente, fallas al libro como falta de frescura en el lenguaje, ausencia de orden expositivo, falta de objetividad en sus juicios críticos...

¿Por qué el escozor hacia una obra publicada hace cien años? Quizás el libro nos recuerde el vínculo tan estrecho entre literatura y poder; quizás nos descubre que la literatura coadyuva a la construcción de la nación, por lo que sus tan mentadas musas no sean más que excusas que encubren el reino de negociaciones y estrategias que hacen realidad el canon de un país.

Nos propondremos, por esos motivos, dilucidar en las siguientes páginas la función ideológica de las historiografías literarias del siglo XIX venezolano. Según nuestra hipótesis, la historiografía se constituye como práctica del poder, que contribuye en la tarea de dotar de legitimidad a la existencia e integridad del Estado y, por lo tanto, a la nación. Desde esa perspectiva, buscaremos insertar el ejercicio historiográfico de Gonzalo Picón Febres en la corriente liberal, que dominó la construcción de las naciones hispanoamericanas en el siglo XIX y, a la vez, y mucho más específicamen-

te, enfocar el punto de vista crítico del merideño con respecto a las publicaciones periódicas venezolanas del siglo XIX.

Gonzalo Picón Febres y *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve* nos han de mostrar, cual Virgilio, el sendero infernal y utópico de la construcción de un país. Los lectores de hoy quizás lo vean como prueba de un ayer irrecuperable. Quizás no. Quizás el valor de ese libro radique en que nos hace presente el pasado.

Un libro singular

En los juicios que hago, no soy intransigente ni extremista.

Gonzalo Picón Febres

Apenas hubo secado la tinta en las 439 páginas de papel glasé; justo en el preciso instante de encuadernarlas en tapas de cuero —trabajo realizado por la empresa “El Cojo”, en 1906—, los comentarios adversos y celebratorios acerca del libro no se hicieron esperar. ¿Qué de singular tenía aquel texto? El libro, llamado *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve (Ensayo de historia crítica)*, cuya autoría pertenece al merideño Gonzalo Picón Febres, tenía sobradas razones para levantar polvareda en el mundo cultural de la Venezuela de comienzos del siglo XX.

Al acercarnos a las páginas de *La literatura venezolana en el siglo*

diez y nueve, nos topamos con dos impresiones que nos sobrecogen. La primera se nos devela por medio de la palabra “verdadera”, palabra con la cual se inicia el estudio: “*La verdadera historia (...)*” (Picón Febres, 1906: 8). Bien es sabido ya por nosotros que “la verdad” es “una verdad” limitada por los prejuicios, la experiencia, la formación, la concepción de mundo que posea cada individuo. Habría que tener en cuenta la noción de verdad en Gonzalo Picón Febres, para poder justipreciar las opiniones del merideño. Como típico hombre del siglo XIX, en los juicios de Gonzalo Picón Febres dominan las reglas del arte clásico. El orden clásico es la marca que guía su juicio, exigiendo medida, medida, moral y otros asuntos elevados:

“Las obras literarias que perduran son las que reflejan de un modo verdadero la realidad de la vida, la realidad del corazón humano, la realidad de la naturaleza y los ensueños de la fantasía; son aquellas en que la expresión es consustancial con lo que expresa, o lo que es lo mismo, que esté en armonía, que tenga semejanza, que se manifieste en completa identidad con las ideas, sentimientos, espectáculos, escenas o emociones que describe. Entre lo que se expresa y la manera de expresarlo debe ser la relación tan íntima y tener tal claridad y analogía, que la percepción sea fácil e instantánea por parte de la inteligencia. El fundamento del arte está en el orden, que no es sino el con-

cierto entre la idea principal y las que le sirven de accesorias, entre los detalles y el conjunto, entre *lo que es* no sólo por su virtualidad, sino también por la forma en que se vierte para que sea perceptible”. (Picón Febres, 1906: 243).

“*Hacer* poesía es crear hermosura peregrina, y para crearla se necesita que el asunto sea elevado (objetivo o subjetivo); que se mantenga en los dominios de la estética, digno de los esplendores de la imaginación, del entusiasmo del espíritu, de la admiración del hombre y de las filigranas del arte. Ocuparse en verso hiriente de las pasiones bajas, de las miserias apestosas, de las trivialidades y sandeces de la vida, es prostituir el divino lenguaje de las Musas” (Picón Febres, 1906: 239).

Esta toma de posición y defensa de creencias le valió a Gonzalo Picón Febres innumerables críticas. Pero su sinceridad con respecto a la incomprensión hacia las nuevas o ajenas manifestaciones del arte, que no pertenecían a su código estético, le salvó:

“No intento en modo alguno imponer a nadie mis muy humildes opiniones. Lo que ingenuamente digo en el decurso de estas páginas, es lo que pienso, lo que creo, lo que en mi entendimiento existe como una convicción bien meditada (Picón Febres, 1906: “Introducción”).

“Yo ignoro, por supuesto, si estas afirmaciones más resultarán desencajadas y anacrónicas en los actuales tiempos, si la razón no me asiste con sus luces, si me

equivoco por completo, o si mi espíritu no está condicionado eficazmente para alcanzar las grandezas y sublimidades de algunos poetas hispano-americanos a quienes hoy se considera como altísimos; pero declaro a la faz de todo el mundo literario, sin miedo a las tremendas fulminaciones de la crítica, sin escrúpulos de ningún linaje y con la mayor sinceridad, que si yo entiendo y admiro, verbi gracia, a Rubén Darío en los *Abrojos* y en las *Prosas profanas*, no lo entiendo en los *Cantos de vida y esperanza*" (Picón Febres, 1906: 243).

Julio Planchart caracterizó bien esta incomprensión por parte de Picón Febres, al catalogarla de "misonéista":

"El misonéismo es achaque natural del hombre maduro y del anciano. Estos, por lo general, pierden la facultad de variar de convicciones, sobre todo las adquiridas en la juventud, y amadas entonces apasionadamente porque constituían elementos esenciales a la formación de la personalidad, y luego, porque viene a ser para aquéllos algo así como bienes intelectuales insustituibles, y el recto sentido de ver las cosas. Una novedad cualquiera es factor de inquietud e irritación. La sensibilidad inhábil ya para responder a las excitaciones de lo nuevo, provoca indiferencia que se expresa con un **no entiendo**, al cual el orgullo transforma en frase irónica equivalente a decir: tales novedades son malas y contrarias a una sana y verdadera comprensión. Picón Fe-

bres tenía en mucho sus convicciones, era un hombre ya formado y por lo tanto misonéista" (Planchart, 1948: 407-408).

La segunda impresión que nos aguarda desde las primeras páginas del texto de Picón Febres es la presencia de una heterogeneidad de temas tan variados que abarca la política, la educación, el periodismo, los liceos, academias y ateneos, Guzmán Blanco, Adolfo Ernst, entre otras consideraciones de aparente extraliterariedad. "Falta de plan razonable" (Semprum, 1990: 193) le achacará Jesús Semprum al libro y Julio Planchart, en el mismo tono y con ansias de jugador de rompecabezas, dirá que la obra:

"parece como si ella hubiese sido compuesta con disertaciones relativas a diversos temas relacionados con la literatura venezolana del siglo XIX sin la visión del conjunto y se hubiesen colocado unas detrás de otras sin mayor orden. Así el capítulo tercero hubiera sido quizás el primero si en él hubiese habido concepto de cronología (...) En cambio en el primero trata de nuestra historia política, o mejor, de la falta de imparcialidad de los autores que la han escrito. El cuarto hubiera podido ser el segundo (...)" (Planchart, 1948: 406-407).

Es posible, en nuestro criterio, configurar una intención objetiva por parte de Gonzalo Picón Febres en la estructura de los nueve capítulos del libro. Veamos su recorrido temático:

CAPÍTULO	TEMA
I	Historia política de Venezuela. Historiografía.
II	Historia de la literatura venezolana.
III	Condición científica y cultural de Venezuela. finales del XVIII y XIX.
IV	Orígenes de la literatura nacional. Instituciones culturales.
V	Guzmancismo
VI	Positivismo. Realismo y Naturalismo. La crítica literaria.
VII	Poesía venezolana.
VIII	Juicios críticos a la poesía venezolana.
IX	La narrativa venezolana.

Pudiésemos plantear como hipótesis acerca de la razón por la cual Gonzalo Picón Febres optó por esta estructura, la vinculación con el pensamiento historiográfico liberal de Andrés Bello. Al respecto, Beatriz González en *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX* (1987), dice: “*Las directrices del pensamiento de Bello tuvieron una repercusión fecundante en algunos historiadores del siglo XIX*” (González, 1987: 27). Andrés Bello había postulado en los textos “Modo de escribir la historia” y “Modo de estudiar la historia”, ambos de 1848, la idea de que la historia debe estudiarlo todo: clima, leyes, religión, industria, producciones artísticas, guerras, letras y ciencias. “*Hoy no es ya permitido escribir la historia en el interés de una sola idea. Nuestro siglo no lo quiere; exige que se le diga todo*” (Bello, 1956: 231). Gran acierto que retoma Picón Febres y que explica la presencia de

diversidad de temas, en un intento novedoso por asediar el hecho literario desde múltiples perspectivas.

Cuando literatura equivale a nación

“La historia es la ciencia experimental de los hechos consumados, y para escribirla con acierto se necesitan probidad, sinceridad, inteligencia luminosa, perseverante estudio y sagacidad profunda, que son los fundamentos de la sabiduría”.

Gonzalo Picón Febres

En la obra *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve* se nos presenta a lo largo del texto una frase nada inocente: “literatura patria”, “orígenes de la literatura nacional”, entre otras del mismo talante. Frase nada inocente, decimos, porque la frase se construye sobre palabras de notoria carga ideológica: Historia-Literatura-Nación. Toda historia responde siempre a una perspectiva social e

históricas determinadas. La historia, la oficial, es la visión de los hechos realizada desde el poder; la literatura, una construcción cernida por el canon; la nación, como lo dijera Benedict Anderson (1991), no es más que una “comunidad imaginada”.

La idea de nación irrumpe para el siglo XIX hispanoamericano como motor del anhelo independentista. Pero ese proyecto de “nación” era el deseo de un sector de la sociedad, quien, en una especie de sinécdoque, que parece ser la figura retórica del poder, convierte los intereses y productos de un sector en los intereses y productos de todos.

Nación, siguiendo las ideas de Gustavo Luis Carrera (1984), no es más que una convención política, que resulta de condicionantes unificadores. Estos condicionantes unificadores son: unidad territorial o geográfica, unidad política, unidad económica, unidad lingüística y unidad cultural.

Luis Ricardo Dávila, por su parte, en su libro *Venezuela: la formación de las identidades políticas* (1996), dice: “¿cómo la sociedad deviene nación? Pues bien, adelantemos una respuesta: Estos procesos ocurren a través de la puesta en marcha de una compleja red de organización simbólica e institucional y de la difusión de **prácticas discursivas** que van homogeneizando una manera de sentir y representar los procesos colectivos”. (pág. 19. Subrayado nuestro).

La historiografía literaria se constituye como una de esas prácticas discursivas que cumplen una función decisiva para la construcción ideológica de una nación, que servirá a los sectores dominantes para fijar y asegurar los emblemas necesarios de la imagen de la unidad política. Así, surge la ecuación Literatura=Nación; literatura ésta que tiene la capacidad de operar sobre las condiciones materiales para hacer efectivo el progreso social, y a su vez de ser instrumento de disciplinamiento modernizador de lo heterogéneo. Picón Febres dirá: “*Como la raza, como las costumbres, como la literatura propia, la lengua es una parte constitutiva e integrante de la patria*” (Picón Febres, 1906: 129).

Estas ideas podrían sustentarse, siguiendo a Beatriz González (1993), en el proyecto liberal del siglo XIX, y éste a su vez en las ideas hegelianas de la *Filosofía de la historia*. Según el filósofo alemán, la historia es concebida bajo una perspectiva teleológica: las naciones progresan hacia el más alto espíritu de desarrollo que sería la nación. Europa correspondería al más alto grado de desarrollo espiritual y el centro de irradiación de la cultura. Hegel puso las etiquetas de “Viejo Mundo” para Europa y “Nuevo Mundo” para América; y en esa novedad, en esa juventud radica, según el filósofo alemán, nuestra inferiori-

dad y capacidad. Nuestra salvación, nuestra oportunidad para ingresar a la historia, sería recibir las luces europeas, es decir, mantener relaciones constantes con el viejo mundo, o lo que es lo mismo, entrar en el Liberalismo económico.

Si para Venezuela la Independencia representó la apertura hacia el Liberalismo, no es de extrañar que Gonzalo Picón Febres determine el origen de nuestra literatura en los años previos a la declaración de la Independencia: *“El progreso intelectual alcanzado por Caracas en los primeros diez años del siglo decimonoveno, estimuló bien pronto a varios hombres inteligentes de la época a escribir en prosa y verso”* (Picón Febres, 1906: 109). Doce años después, en *Nacimiento de Venezuela intelectual*, mantendrá la idea: *“Después del 19 de abril de 1810 fue que lució la aurora literaria en nuestra patria”* (Picón Febres, 1968: 95). Evidentemente, si nuestra historia inicia en el año de la firma independentista, antes de ella no éramos más que seres realengos de mundo, iniciándose así la “leyenda negra” venezolana. La Colonia se esfumó de nuestras vidas, se abolió como mancha que hay que esconder. Era nuestro conchabado.

Esa teoría del progreso, engarzada con el Liberalismo económico, equi-

paraba el desarrollo literario con los vaivenes del desarrollo político, económico y social. Así, si el origen de nuestra literatura fue 1810, según el mismo Picón Febres, 1830, como dice en el tercer capítulo de la obra, *“es la base fundamental e inconvencional de la nación venezolana. De ese año, como de una aurora que deslumbra, como de una primavera hermosa, como de una fecundación inmensa, surgen las mariposas de la literatura”* (Picón Febres, 1906: 106).

Picón Febres señala a 1840 como otro año de referencia para la evolución de la literatura nacional. Hay que recordar que en esa fecha nace el partido Liberal y se inicia una larga polémica de intereses políticos, revueltas caudillescas, Páez, los Monagas, la Guerra Federal... De esta época dirá Gonzalo Picón:

“Naturalmente, la lucha de los partidos se empeñó con singular esfuerzo; las pasiones se exaltaron en la palestra cívica hasta hacer brotar los odios y los tremendos rencores banderizos; todos los hombres de ilustración y de talento no se ocupaban sino de la política; los mismos literatos, los que sólo rendían culto a las benéficas artes de la paz le quemaron incienso a manos llenas” (Picón Febres, 1906: 114).

Más adelante dirá Gonzalo Picón de manera tajante: *“Nuestra literatura comenzó a renacer (...) en 1864”*

(Picón Febres, 1906: 115). Hay que recordar que en esa fecha nacen los Estados Unidos de Venezuela y Falcón y Antonio Guzmán Blanco, representantes supremos del Liberalismo, asumen la dirección del poder ejecutivo. De ahí en adelante, la línea de evolución de nuestra literatura, según Gonzalo Picón Febres, remonta vuelo.

Las publicaciones periódicas en la visión de Gonzalo Picón Febres

Mi trabajo ha sido sumamente laborioso, porque bien sabido es que la literatura patria, correspondiente al siglo XIX, se encuentra casi toda en colecciones de periódicos y en folletos demasiado raros, de difícil consecución en los actuales días.

Gonzalo Picón Febres

Las instituciones culturales son tema recurrente en las páginas del estudio de Picón Febres. Entre esas instituciones menciona a los liceos, ateneos, academias, sociedades, tertulias, organismos educativos y a las publicaciones periódicas (periódicos y revistas).

Estos “aparatos”, para seguir la terminología de Althusser, coadyuvaban a sustituir la anterior unidad cultural de la Colonia basada en lo cristiano, lo católico, lo español y lo monárquico en una nueva unidad cultural basada en lo nacional,

creando así un sustituto común para todos los habitantes de este país.

El investigador que desee aproximarse a la cultura venezolana del siglo XIX, le resultaría ineludible voltear el rostro hacia todo el conjunto hemerográfico --revistas y periódicos-- en el que descansa la mayor parte, si no la más importante, de la producción literaria del país. “*Es casi un lugar común en los estudios sobre literatura del siglo pasado destacar la importancia de la prensa periódica*” (Silva, 1993: 20), habría dicho acertadamente Paulette Silva. Pero más que lugar común, más que perogrullada, el hecho de darle importancia a las “*efímeras y democráticas*” hojas periódicas es consejo renuente en algunas personas. Hay que insistir en que las revistas y los periódicos, así como los volantes y las hojas sueltas se constituyen en el índice espiritual de una época. La condición efímera de las revistas y los periódicos, al contrario del libro, no denota poca importancia o influencia en la vida cultural. En sus páginas es donde el lector toma consciencia de lo contemporáneo y donde igualmente se da cuenta de las actividades culturales e intelectuales de sus colegas.

La valoración de la prensa periódica venezolana del siglo XIX se redimensiona bajo la pluma de Gonzalo Picón Febres. Ya el papel periódico no es más objeto de desecho o

víctima sacrificada por manos de pulperos. Ahora, y este sería otro aporte de Picón Febres a la historiografía literaria venezolana, las revistas y periódicos son "*depósito de interesantes datos que servirán mañana de abundoso contingente para escribir la historia científica y literaria del país*" (Picón Febres, 1906: 118).

Gonzalo Picón Febres concede gran importancia a las publicaciones periódicas. Él dice: "Casi toda nuestra literatura desde el triunfo de la Revolución de Abril hasta las postrimerías del siglo decimonoveno, se encuentra en los periódicos" (Picón Febres, 1906: 116). Esta afirmación es explicable, en parte, si recordamos la frase que sobre la Buenos Aires de finales del siglo XIX pronunció Rubén Darío: "Publicar un libro era una obra magna, algo como comprar un automóvil ahora, o un caballo de carreras" (Rama, 1970: 84). A pesar del auge de la impresión en la época guzmancista, auge demostrado por el estudio de Cira Naranjo y Carmen Sotillo (1987) en el que se señalan 366 publicaciones realizadas entre 1808 y 1870; y 1.059 publicaciones entre 1870 y 1887, años éstos que comprenden el llamado período del guzmancismo, no era lo suficiente como para satisfacer la demanda, por lo que la opción más expedita era la publicación del texto en revistas o periódicos. Las publicaciones periódicas copan

entonces el horizonte del ejercicio de la escritura. Manuel Gutiérrez Nájera dijo al respecto: "Si Aristófanes hubiera nacido en nuestros tiempos, tengo por seguro que él habría redactado gacetillas" (Rama, 1970: 85). O para volver a Rubén Darío: "Hoy y siempre, un periodista y un escritor se han de confundir..." (Carter, 1959: 70).

La presencia de la publicación periódica en la sociedad venezolana del siglo XIX tuvo repercusiones más profundas de las que pensamos...

El periodismo propiamente dicho nace en Venezuela en una situación en la que la sociedad ve turbada su tranquilidad colonial por los sucesos de la guerra independentista. No hace su aparición el periódico como instrumento de ocio y de asunto exclusivo de las letras; sino que presta su tinta para los avatares de lucha del siglo XIX que superan la cifra de más de 2.000 guerras. Y el periodismo, ejercicio que combina la impresión efímera y a la vez el resguardo temporal, "*único capaz de recoger la memoria integral del hombre*", como diría Humberto Cuenca (1961: 239), no podía obviar los sucesos que a su alrededor se desarrollaban. Así, el periódico vino a desempeñar en los primeros años del siglo XIX una función de tribuna y de herramienta para la instrucción ideológica. Miranda daba importancia suprema al periódico, tildándolo

de “civilizador”, además de exigir a sus tropas la inclusión de una imprenta entre sus pertrechos; y Simón Bolívar, El Libertador, hablaba de “hacer la guerra con los papeles públicos” (Febres Cordero, Julio, 1983: 500). Se desataba entonces a la par otra guerra en los tipos y galestras que imprimían los periódicos. “Los redactores de los periódicos de este tiempo, hechos acaso todos en tiempos de guerra, viven engarzados en polémicas confesionales o inventan documentos para desacreditar a sus opositores. A veces parece que dejasen de ser periodistas para convertirse en caníbales. Al adversario quieren verle el hueso” (Febres Cordero, J., 1983: 347).

Una guerra de ideas y de fundamento de posiciones que en lo político se mantuvo en el transcurso del siglo: en la Oligarquía Conservadora, en el Federalismo, en el Guzmancismo, en el Legalismo, en el Castrismo y en las diseminadas revueltas caudillescas del interior del país.

Otros periódicos, generalmente independientes, se ocupaban de intereses más generales y sus páginas estaban dedicadas al arte, la literatura, las ciencias, la religión, las crónicas sociales o forenses y a los temas de actualidad. Pero es sorprendente la gran cantidad de publicaciones periódicas que proliferaron en el siglo XIX en Venezuela, con distintos

intereses —no sólo políticos—, sorprendente por la gran proporción de analfabetismo que había en el país:

“En este ambiente de ajustes y desajustes, de encuentros y desencuentros, de pasiones políticas exacerbadas; en un país que para el último decenio del siglo pasado [siglo XIX] escasamente supera la cifra de dos millones de personas, de las cuales casi el ochenta por ciento es población rural sin ningún nivel de instrucción, y sólo cuatro ciudades sobrepasan el número de veinte mil habitantes; en esa Venezuela, reiteramos, se introducen imprentas en sesenta de sus poblaciones y para 1894 existen 23 establecimientos tipográficos en la sola ciudad de Caracas, y, como hecho resaltante, una cantidad aproximada de 344 periodistas al lado de más de mil escritores [...] Para ese mismo lapso, las cifras señalan 198 publicaciones a nivel nacional; 109 de las cuales tienen como sede la ciudad de Caracas” (Segnini, 1987: 40).

Picón Febres no hizo mención alguna de las publicaciones periódicas representantes de la corriente modernista, de ahí la notoria ausencia de la revista *Cosmópolis* (1894-1895) ni de la prensa humorística. Las razones de ello, el misoneísmo, ya fueron esbozadas líneas arriba.

“En la sátira, en la burla, en la ironía y en el chiste, no puede haber belleza alguna” (Picón Febres, 1906: 239), diría Picón Febres al referirse a la imposibilidad del humor

como género perteneciente a la literatura. Pero periódicos y revistas humorísticas hubo muchas en el siglo XIX venezolano. *El Zancudo*, *La Charanga*, *El Jején*, *El San Balandrán*, *Fíguro*, *El Diablo*, *La Caricatura*, periódicos en los que, desde el título mismo y por su bajo costo, en comparación con las otras publicaciones periódicas “ilustradas” (Cecilio Acosta afirmaba que el periódico era el libro del pueblo), pueden percibirse su carácter crítico y adverso a la corriente oficial: en *El Relámpago de Marzo* (1844) aparece la primera caricatura política venezolana, en *El Pica-y-juye* (1858) aparecen caricaturas políticas de oposición; *El Jején* (1854) tenía por redactor jefe a “Tuqueque” y como secretario a “Puyón”, por lema ostentaba la frase “periódico joco-serio-satírico-puyoso, trabajoso-ampuloso y tormentoso”, por lema: “El hombre que no roba en este país se lo lleva el diablo” frase que adjudicaron a Platón. Tenemos también *El Loco*, (1865); *El Búho* (1867) (se autodefinía “periódico crítico, burlesco; soplón joco-serio, que pica, frunce y da carraspera”). (González y otros, 1995).

Si en lo **político** el periódico sirvió de escenario para la confrontación de ideas, en lo **económico** dio un nuevo aspecto a las relaciones comerciales. Con la transformación del lector como público consumidor

se intensifica y desarrolla la aparición de avisos publicitarios erosionando subrepticamente con ello ciertas normas sociales: se muestra a la mujer como medio para la venta, se habla abiertamente del adulterio, de la menstruación, se utiliza un espacio privado como el baño para mostrarlo como espacio público para el comercio. Se amplía igualmente el radio de acción de las relaciones mercantiles: el producto llega hasta donde llegue el periódico.

En el aspecto **cultural** el periódico va a cumplir en el siglo XIX una función modernizadora, pues dará al escritor un nuevo lenguaje, una nueva manera de decir (Gutiérrez, 2001). Con el breve espacio que ofrece el periódico se imposibilita, o en todo caso resulta contraproducente, dar rienda suelta a la redacción ampulosa y cargada de metáforas y giros latinos; y con la rapidez de edición, o diarismo, iniciada en Venezuela en 1837 con el *Diario de Avisos*, se da paso al trabajo poco pensado y sin pulituras. Con esas condiciones de brevedad y rapidez que exigía el periódico, el lenguaje escrito tuvo que vestir un nuevo ropaje: claridad y sencillez. Para decirlo con palabras del escritor español Azorín: “*El periodismo, con sus procedimientos rápidos, ligeros, amenos, ha contribuido a que los géneros literarios: novela, teatro, etc., adquieran esa misma ligereza,*

rapidez y amenidad de los trabajos de prensa" (Carter, 1959: 70).

Angel Rama (1985) hablará de la reducción de la dimensión de la obra, de la utilización de los recursos de intensificación en la apertura o en el remate de la misma, de la diversificación de los discursos y de la ampliación de los públicos como consecuencia de la influencia del periodismo.

Con el periódico aparece en Venezuela la figura de la escritura como profesión, de la redacción asalariada, que se inicia en 1868 con "La opinión nacional", pagando articulistas como José Martí. Ello dará nuevas formas al desarrollo de la institución literaria venezolana en el siglo XIX.

Quizás otra de las funciones en las que haya desempeñado presencia indiscutible el periódico en el siglo XIX venezolano es el de la labor de alfabetización que hubiera desempeñado entre la gran masa de habitantes sin los conocimientos de lectura y escritura. No hemos conseguido trabajos que mencionen el asunto, pero imaginamos y nos aventuramos a hipotetizar que la prensa ayudó, cual cartilla de letras, en la labor de alfabetización de los pueblos.

Las publicaciones periódicas, como hemos visto, constituye nuestro principal reservorio de datos que el investigador no debe desdeñar. Ya muy bien lo decía Tulio Febres Cordero en el mismo siglo XIX, en 1886: "El objeto del periódico no

está circunscrito a lo presente; no, a la vez que instruye al público de las crónicas del día en todos los ramos de la actividad humana, es depósito sagrado en que queda la memoria de los hechos" (Febres Cordero, T., 1985: 37).

Alertaba también Tulio Febres Cordero en 1886, con la visión de futuro que ostenta el verdadero historiador, la siguiente idea: "Que cada periódico publique anualmente en un folleto manuable el índice o repertorio alfabético de las materias más curiosas e importantes que haya publicado durante el año corrido" (Febres Cordero, T., 1985: 37). Si hubiéramos prestado oído, otro sería el final de estas líneas.

Conclusiones

La posteridad le hará justicia

Eduardo Picón Lares

Hija del progreso, de la *ratio* descorazonadora, la especialización de las ciencias ha profundizado una perspectiva disgregadora de la realidad. El mundo se nos ha vuelto un intrincado laberinto parcelado que acorta nuestra visión. Ya el "hombre enciclopedia", portador de todos los saberes, se esfumó tras las persianas de los siglos. Es imposible, según el paradigma reinante, acometer un trabajo de investigación en solitario y que pretenda abarcar el objeto a

estudiar en su totalidad. El saber del mundo acumulado sobrepasa la capacidad de memoria de las comunidades. Por ello se nos impone la especialización como una antejera, que nos resguarda de la locura de los laberintos infinitos de la información, y nos previene de gritar, como Nietzsche, “*es mejor no saber nada que saber muchas cosas a medias*” (Nietzsche, 1985: 105).

Por estas razones, las estrategias historiográficas actuales se diferencian en demasía con las pergeñadas hace cuarenta años. La tradición de las “historias literarias”, iniciada en Venezuela por Gonzalo Picón Febres, tradición mantenida luego por Mariano Picón Salas, Juan Liscano, Domingo Miliani y José Ramón Medina, es hoy día discurso irrealizable. En estos momentos, lo aconsejable es la visión multidisciplinaria y grupal, que asedie la producción literaria de un país desde sus múltiples nichos.

Vimos en las páginas precedentes cómo el merideño inserta su hacer historiográfico en la corriente liberal, y vimos además cómo la configuración ideológica y estética de su personalidad nos mostraba como “verdad” una “verdad subjetiva”. A partir de esas dos premisas, reconstruimos la valoración de Picón Febres acerca de las publicaciones periódicas del siglo XIX, juicio innovador en los repertorios críticos de la época.

Al concluir estas líneas, no queda más que señalar la imperiosa necesidad de volver a colocar sobre el tapete la valiosa obra de Gonzalo Picón Febres. Una mirada hacia nuestro pasado, hacia las raíces de nuestra identidad, se nos presenta como una tarea perentoria en estos momentos de globalización y uniformación cultural. Esa mirada, al contrario de la conseja bíblica, no nos volverá estatua de sal, sino que fortalecerá nuestro ser y hacer venezolanos.

Referencias Bibliográficas

- ANDERSON, Benedict (1991) *Imagined communities*. Londres: Verso.
- BELLO, Andrés (1956) *Obras completas. Tomo VI. Temas de Historia y Geografía*. Caracas: Ministerio de Educación.
- CARDOZO, Lubio (1969) *Apreciaciones y comentarios*. Mérida: Euroamérica.
- CARRERA, Gustavo Luis (1984) “Sobre el concepto de nación”. En: *Imagen virtual*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- CARTER, Boyd (1959) *Las revistas literarias de Hispanoamérica. Breve historia y contenido*. México: De Andrea.
- CUENCA, Humberto (1961) *Imagen literaria del periodismo*. México: Cultura Venezolana.

- DÁVILA, Luis Ricardo (1996) *Venezuela: la formación de las identidades políticas. El caso del discurso nacionalista (1920-1945)*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- FEBRES CORDERO, Tulio (1985) "Colecciones de periódicos". En: *El Lápiz*. (24) Mérida: Universidad de Los Andes. (Autores y escritores merideños; 1).
- FEBRES CORDERO G., Julio (1983) *Historia del periodismo y de la imprenta en Venezuela*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 640 p. (Fuentes para la historia colonial de Venezuela; 158).
- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz (1993) "Poder y cultura nacional: estado e historiografía literaria (Venezuela, siglo XIX)". En: *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*. Universidad Simón Bolívar. (Caracas) (1): 47-60.
- _____ (1987) *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de Las Américas.
- GONZÁLEZ Stephan, Beatriz y otros (comps.) (1995) *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Avila.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael (2001) "La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX". En: *El intelectual y la historia*. Caracas: La nave va.
- MILIANI, Domingo (1968) "Gonzalo Picón Febres. Historiador de Venezuela intelectual". En: Picón Febres (1968).
- NARANJO DE CASTILLO, Cira y Carmen G. Sotillo (1987) *Producción bibliográfica y política editorial en la época de Guzmán Blanco (1870-1887)*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. (Fuentes para la historia republicana de Venezuela; 44).
- NIETZSCHE, Federico (1985) *Aforismos*. Barcelona: Teorema.
- PICÓN FEBRES, Gonzalo (1906) *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*. (Ensayo de historia crítica). Caracas: El Cojo.
- _____ (1968) *Obras completas*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- PLANCHART, Julio (1948) *Temas críticos*. Caracas: Ministerio de Educación Nacional.
- RAMA, Angel (1970) *Rubén Darío y el modernismo. (Circunstancia socioeconómica de un arte americano)*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. (Colección Temas; 39).
- _____ (1985) *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho (119).
- SEMPRUM, Jesús (1990) "Gonzalo Picón Febres". En: *El libro que no se ha escrito*. Caracas: Monte Avila.
- SILVA BEAUREGARD, Paulette (1993) *Una vasta morada de enmascarados: poesía, cultura y modernización en Venezuela a finales del siglo XIX*. Caracas: La Casa de Bello. Diego Rojas Ajmad.